

HOMBRES POPULARES DE DON BENITO

José Camacho Algaba

iMadrid!

Lugar de confusión, caos terrorífico que hace temblar de espanto al que se ve en el duro trance, por vicisitudes de la vida, de ir a él para adueñarse de un porvenir.

A brazo partido se establece una lucha titánica entre el recién llegado y los mil y mil rivales que en la capital de España pululan. ¡Todos a pedir ansiosos para acallar la necesidad imperiosa del estómago, flágido por vigiliadas forzadas!

Allí en Madrid, en esa corte donde a tantos su fantasía loca o apremiantes escaseces les condujera, acobardanse y siéntese pequeñitos ante la magnificencia de sus edificios, de sus coches, tranvías y automóviles, rápidos en su andar trepidante.

Todo esto, con ser mucho, no es nada para el provinciano, comparado con un detalle de capital importancia.

La indiferencia de los cientos de transeúntes que pasan por su lado, sin ver en ningún semblante un gesto de agrado hacia su persona... nada, nada. Todos van a sus negocios, y una inquietud profundamente angustiada invade el alma del recién llegado a Madrid con escasas pesetas...

Y es tal a veces el sufrimiento moral ante lo desconocido, que rápido se desliza por la mejilla el hondo sentir cuajado en una lágrima.

Y es tal a veces el sufrimiento moral ante lo desconocido, que rápido se desliza por la mejilla el hondo sentir cuajado en una lágrima.

¡Qué horroroso debe ser Madrid sin un céntimo... y que grande y que soberanamente meritorio es escalar los altos puestos así, sin dinero y con un apellido que no abre, por ser desconocido, ninguna puerta...! Pero he aquí, lector, que un joven, sin recursos de ningún género y con un nombre honrado, pero completamente ignoto, fue desde Don Benito, hace ya años, al gran mentidero, y en estas condiciones hay que admirar la labor de gigante que tuvo que desplegar para abrirse paso. Luchó enormemente... ¿Qué duda cabe? Y a fuerza de desvelos y trabajos incesantes y dignos, pudo orgulloso pensar que, sin debérselo a nadie, había llegado a crearse una posición independiente, y quiso más.

Lanzóse decidido y con valentía a las lides políticas, donde tantos hombres de talento luchan, y llegó a ocupar puestos elevadísimos, puestos de la categoría de ministros de la Corona.

Fue dotado por la naturaleza de una inteligencia tan superior y clarísima, que supo sugerir a amigos y enemigos.

No hubo discrepancias.

Fue proclamado por todos como el primer campeón de la política española, y se le quiere con delirio, más que por esto, por su altruismo.

¡Y llegó a Madrid sin un apellido ilustre y con escasas pesetas...!

Diréis:

-¿Pero quién es este ser tan excepcional, por no decir inverosímil?

Y yo os contesto, con toda la satisfacción y orgullo de un extremeño que se honra al hablar de un paisano ilustre:

Es D. Leopoldo Gálvez Holguín, que de todas partes ha recibido en estos días, y sobre todo de la prensa de Badajoz, felicitaciones a granel por su valiosísimo concurso para la celebración del primer centenario del eximio Espronceda, ilustre poeta, gloria de la nación española.

Y termino.

Supongamos que hubieran ido a Madrid, con D. Leopoldo Gálvez, varios individuos en sus mismas condiciones.

¿Qué serían hoy?

Unos, suicidas por el pavoroso fantasma del hambre; otros, mozos de café o aspirantes impenitentes a un sable del municipio.

¡Qué satisfecho estará D. Leopoldo de haber llegado a la meta!

¡Dios mío, qué grande y qué hermoso es el debérselo uno todo, absolutamente todo, así mismo!

Don Benito y abril de 1908